



El teatro también se lee

Saludo

Jesús Caldera Sánchez-Capitán

Vicepresidente de la Fundación Ideas

Naturalmente que desde siempre ha estado presente en mí el arte dramático. Desde lejos. Desde la infancia. Eran otros tiempos aquellos, menos dispersos que los actuales en los valores en los que uno podía fijar la mirada. En mi pueblo, Béjar, existía una larga tradición que venía del siglo XIX en que no nos bastaba con el corral de comedias que los señores duques habían levantado junto a una plaza de toros a principios del siglo XVIII en la cima de ese monte frondoso que allí tenemos y al que llamamos sin más El Castañar. No nos bastaba con el perdido Teatro Viejo, que debía de ser insuficiente para el afán escénico de aquellos antepasados, así que en 1856 pusieron en pie el magnífico e isabelino Teatro Cervantes, joya de la ciudad y hoy todavía uno de los mejores escenarios de la provincia. Allí ha sido tradición que antes o después todos hayamos pisado las tablas y declamado un verso mal aprendido. Mi padre perteneció a uno de los muchos grupos teatrales salidos del ámbito escolar, y eso hizo entrar el teatro en casa, como en tantas otras familias de mi entorno de entonces. En el colegio también teníamos nuestro patio de butacas y su recoleto escenario, pero el día de gala era cuando te subías de verdad a aquel espacio inmenso y desnudo del Cervantes, desde donde la voz se te encogía cuando te tocaba intervenir, pero el aplauso te convencía de que misteriosamente los de allí abajo te habían oído decir algo.

Esa magia infantil nunca desapareció de mi vida. Una vez que entra es difícil que salga. La vida bien entendida es una pugna permanente entre conquistas y pérdidas, hallazgos que ganan espacio y desalojan a lo que dejó de ser esencial para sostener lo que no deja de moverse en el interior. Por el camino de la vida se me han ido quedando atrás, como

a todos, lo que no resistió el paso del tiempo y dejó de ser hallazgo renovado. Pero ahora que esta generosa invitación a saludaros me permite hacer una reflexión sobre esos valores, caigo en la cuenta de que en el marasmo de las pérdidas de interés nunca cayó, desde aquella infancia familiar y escolar, todo lo que tenía vínculos con la estética y la interpretación del mundo. A la postre he dedicado mis días, como es bien sabido, a la política, en la que tengo ya una larga trayectoria. Larga porque se inició en la etapa de formación universitaria y larga porque llegué al Congreso de los Diputados con tan solo veinticuatro años. Y la política, no digo nada nuevo con ello, tiene mucho de escenificación, de representación de papeles aunque el libreto se construya en cada intervención. Nunca dejé de asistir a las salas de teatro cuando las circunstancias o la ocasión lo permitían, como espectador que cuando lo hace se lamenta de no hacerlo con más frecuencia, pero déjenme que les diga que, vestido de calle y con un texto en el atril, cada vez que he subido a la tribuna de oradores del Congreso no he dejado de recordar aquellos días infantiles en que la voz se me encogía, y solo el aplauso (si lo hubo, cuando no el pataleo) al concluir la intervención me devolvía del ensueño de tener menos años e ir vestido de aldeano de un entremés ensayado en los recreos.

Los autores de teatro y quienes ejercemos la política tenemos algo en común, por más que parezcamos hechos por patrones distintos: ambos buscamos una interpretación del mundo que permita que entendamos mejor lo que ocurre alrededor. Cada cual a su manera, ambos damos forma a la palabra bajo la mirada de Talía. Pero con una diferencia: Talía les prefiere a ustedes. Es evidente. ■